

III

Eran cerca de las ocho; los dos jóvenes partieron en seguida, deseando llegar á la casa Bakaleief antes que Lugin.

—¿Quién es aquel que salía de tu casa cuando yo entraba?—preguntó Razumikin, una vez en la calle.

—Era Svidrigaylof, el propietario en cuya casa mi hermana había sido institutriz, y que tuvo que abandonar porque él le hacía la corte; Marfa Petrovna, la mujer de este caballero, la puso en la calle. Más adelante, dicha Marfa Petrovna pidió perdón á Dunia, y días pasados murió súbitamente. De ella es de quien mi madre hablaba hace poco. No sé por qué, me asusta mucho este hombre. Es muy extraño, y tiene un propósito firmemente decidido. . . . Se diría que sabe algo. . . . Llegó aquí después de haber enterrado á su esposa. . . . Hay que defender á Dunia de este hombre. . . . Esto es lo que quería decirte. ¿Comprendes?

—¿Defenderla! ¿Qué es lo que él puede contra Advotia Romanovna? Vaya, te doy las gracias, Rodia, por haberme dicho eso. . . . ¡La protegeremos, está tranquilo! . . . ¿Dónde vive él?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no se lo preguntaste? ¡Ha sido lástima! Pero yo le encontraré.

—¿Le viste?—preguntó Rascolnikof, tras breve silencio.

—Sí, le vi divinamente.

—¿Estás seguro?—insistió Rascolnikof.

—Sin duda; recuerdo su cara, y entre mil la reconocería; soy buen fisonomista.

De nuevo callaron.

—¡Hum! . . . ya sabes. . . pensaba. . . siempre me parece que quizá sea víctima de una ilusión—balbuceó Rascolnikof.

—¿A propósito de qué? No te comprendo bien.

—Te lo diré—prosiguió nuestro héroe, con un gesto que quería ser una sonrisa.—Creéis todos que estoy loco. . . . Pues bien, no hace mucho se me ocurrió la idea de que acaso tengáis razón, y sólo habré visto un espectro.

—¿Qué idea?

—¿Quién sabe? Acaso esté loco, y es posible que todos los sucesos de estos días no hayan tenido lugar sino en mi imaginación.

—¿Otra vez te han trastornado el juicio! . . . ¿Qué habéis hablado? ¿A qué vino aquí?

Rascolnikof no contestó. Razumikin reflexionó un instante.

—Vamos, óyeme un momento—dijo.—Antes pasé por aquí, y dormías. He comido, y al momento he ido á visitar á Porfirio. Zametof estaba en su casa. He querido empezar, y en mi “debut” no he sido feliz. Nunca podía entrar en materia. Ellos aparentaban no comprenderme, y no mostraban, por otra parte, mucha inquietud. Apretando fuertemente los puños, amenacé á Porfirio con hacerle añicos, le escupí y me marché. Con Zametof no cambié ni una palabra. Criticábame mucho por mi estúpida conducta, cuando, de repente, me consoló una idea. Conforme bajaba la escalera, me

dije: ¿vale la pena de que tú y yo nos preocupemos de esta suerte? Otra cosa sería si algún peligro te amenazase. Pero, en resumen, ¿qué tienes tú que temer? No eres culpable, luego no te pueden molestar. Hasta nos podremos burlar de ellos más tarde.

—Justo—respondió Rascolnikof.—Pero ¿qué dirás mañana?—pensó.

¡Cosa extraña! Hasta entonces, ni una sola vez se había preguntado: ¿qué pensará Razumikin, al saber que soy culpable?

Miró fijamente á su amigo, al asaltarle aquella idea. El relato de la visita á Porfirio le había interesado poco; otros asuntos le preocupaban en aquel momento.

En el corredor encontraron á Lugin; había llegado á las ocho en punto; pero había perdido el tiempo buscando el número; de manera que los tres entraron á un tiempo, sin mirarse ni saludarse. Los dos jóvenes entraron los primeros; Pedro Petrovitch, siempre fiel guardador de las conveniencias, se detuvo un momento en la antesala para quitarse el abrigo. Pulqueria Alejandrovna se adelantó en seguida hacia él; Dunia y Rascolnikof se dieron los buenos días.

Tomaron todos asiento en silencio, que se prolongó hasta algunos momentos después de estar ante la mesa, sobre la cual se veía el samovar.

—¿Vuestro viaje ha sido feliz?—preguntó Lugin, por pura conveniencia, á Pulqueria Alejandrovna.

—Sí, gracias á Dios, Pedro Petrovitch.

—Lo celebro mucho. Y Advotia Romanovna, ¿tampoco se ha fatigado?

—Yo soy fuerte y joven, y no me fatigo; pero á mamá, este viaje le ha sido muy penoso—respondió Dunia.

—¿Qué queréis? Nuestros caminos nacionales son muy largos, Rusia es grande..... Aunque muy otro fué mi deseo, ayer no pude ir á recibirlos. Supongo, sin embargo, que no hallaríais ningún obstáculo.

—¡Oh, perdonadme, Pedro Petrovitch! Nos vimos muy apuradas—se apresuró á responder Pulqueria Alejandrovna.—Y si Dios no nos hubiese enviado á Demetrio Prokofitch, hablando con verdad, no sabemos qué hubiera sido de nosotras. Permitid que os presente á nuestro salvador: Demetrio Prokofitch Razumikin—agregó.

—Ya tuve el gusto..... ayer.....—balbuceó Lugin, dirigiendo al aludido una mirada oblicua y malévol.

Luego frunció el ceño y calló.

Pedro Petrovitch era una de aquellas personas que se esfuerzan por mostrarse amables, pero que, bajo la influencia de la menor contrariedad, pierden súbitamente la posesión de sí mismos, hasta el punto de parecerse más bien á sacas de harina que despejados caballeros.

Volvió á reinar el silencio. Rascolnikof se encerraba en un mutismo obstinado; Advotia Romanovna juzgaba que todavía no debía hablar; Razumikin nada tenía que decir; Pulqueria Alejandrovna se vió, pues, en la dolorosa necesidad de reanudar la conversación.

—¿Sabéis que ha muerto Marfa Petrovna?—dijo, apelando á su supremo recurso en tales casos.

—¿Cómo no? En seguida lo supe, y hasta puedo daros la noticia de que después del entierro de su mujer, Arcadio Ivanovitch Svidrigaylof vino á San Petersburgo.

—¿Está aquí?—preguntó, alarmada, Dunia, cambiando una mirada con su madre.

—Y debe suponerse que no ha venido sin intención; lo precipitado de su partida, y el conjunto de anteriores circunstancias, lo hacen, al menos, suponer.

—¡Señor! ¿Será posible que venga tras de Dunetchka?—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

—Creo que no debéis tener miedo, desde el momento en que os propongáis evitar toda relación con él. Estoy, por mi parte, ojo avizor, y pronto sabré dónde pára.....

—¡Ah, Pedro Petrovitch, no podéis figuraros hasta qué punto me asustáis!—agregó Pulqueria Alejandrovna.—Sólo le vi dos veces, y siempre me pareció terrible, ¡terrible! Segura estoy de que es el causante de la muerte de Marfa Petrovna.

—Los datos que llegaron á mis oídos no me autorizan para abrigar ésa sospecha. Sin embargo, no niego que sus malos procedimientos quizá apresuraran, hasta cierto punto, el curso natural de las cosas. En cuanto á la conducta, y, en general, á la característica moral del personaje, estoy de acuerdo con vos. Hace ocho años era un jugador, un perdido..... Además, al enamorarse de él, Marfa Petrovna, después de pagar sus deudas, cortó de raíz un asunto criminal que pudo dar en Siberia con el tal Svidrigaylof. Se trataba de un asesinato, cometido en condiciones espantosas;

y, por decirlo así, fantásticas. He aquí lo que es el tal hombre, si deseabais saberlo.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

Rascólnikof escuchaba atentamente.

—¿Habláis, como decís, según verídicos informes?—preguntó en severo tono Pulqueria Alejandrovna.

—Me limito á repetir lo que sé de boca de la misma esposa de este sujeto. Es preciso notar que, desde el punto de vista jurídico, el asunto está muy obscuro. Por entonces vivía aquí—y creo que aún vive—cierta Resslerich, una extranjera que era prestamista y ejercía, además, otros varios oficios. Relaciones tan íntimas como misteriosas existían entre aquella mujer y el señor Svidrigaylof. Con la extranjera habitaba una parienta lejána, una sobrina, creo, joven de quince años ó catorce, que era sordomuda. La Resslerich no podía sufrir á aquella muchacha, y le regateaba el pan, pegándola inhumanamente. Cierta día, la infeliz criatura fué encontrada muerta, estrangulada, en el granero. La información de rigor llegó á hacer constar el suicidio, y todo parecía terminado, cuando la policía recibió aviso de que la joven había sido.... violada por el señor Svidrigaylof. Hablando con verdad, el hecho aparecía obscuro. La denuncia procedía de otra alemana, mujer de mala conducta, cuyo testimonio no podía ser de gran peso. En resumen, no hubo procesamiento. Marfa Petrovna intervino en el asunto, derramó el dinero y consiguió que terminaran las indagaciones. Mas no por eso dejaron de correr los más insistentes rumores respecto al señor Svidrigaylof. Mientras estabais en su casa, Advotia Romanovna, sin duda

se os contaría la historia de su criado Felipe, muerto á consecuencia de sus malos tratos. Ocurrió esto hace seis años; aún existía la esclavitud.

—Yo oí decir, por el contrario, que el tal Felipe se había ahorcado.

—Sí; pero fué impulsado, ó hablando propiamente, obligado á suicidarse, para huir de las brutalidades continuas y de las vejaciones sistemáticas de su amo.

—Ignoraba eso—agregó secamente Dunia;—pero he oído referir, con tal motivo, una historia muy extraña: aquel Felipe era, á lo que parece, un hipocondriaco, una especie de criado filósofo; sus compañeros aseguraban que las lecturas le habían trastornado el juicio; según ellos, se había ahorcado, no para huir de los golpes, sino de las burlas del señor Svidrigaylof. Siempre observé que éste trataba humanamente á sus criados, que le querían, aun cuando le imputasen la muerte de Felipe.

—Veo, Advotia Romanovna, que tendéis á justificarle—agregó Lugin, con sonrisa agridulce.—El hecho es que es hombre hábil para insinuarse en el corazón de las mujeres; la pobre Marfa Petrovna es una prueba. He querido advertiros, previendo las tentativas que no dejará de renovar. En cuanto á mí, firmemente convencido estoy de que tal hombre acabará en la prisión y en la insolvencia.

—Os ruego, Pedro Petrovitch, que no se hable más del señor Svidrigaylof—dijo Dunia.—Me desagrada.

—Fué á verme no hace mucho—exclamó brusca-

mente Rascolnikof, que hasta entonces no había pronunciado una palabra.

Todos se volvieron hacia él con sorpresa. El mismo señor Lugin pareció curioso.

—Hace media hora, cuando dormía, entró, me despertó y me dió su nombre—prosiguió Rascolnikof.—Estaba alegre y satisfecho; espera que trabaremos amistad. Entre otras cosas, solicita vivamente una entrevista contigo, Dunia, y me ha rogado interceda por él á este fin. Tiene una proposición que hacerte; yo sé en qué consiste. Por otra parte, me ha asegurado formalmente que Marfa Petrovna te deja tres mil rublos, y que podrás disponer de esta suma dentro de poco.

—¡Dios sea loado!—exclamó, persignándose, Pulqueria Alexandrovna.—¡Ruega por ella, Dunia!

—El hecho es cierto—no pudo menos de afirmar Pedro Petrovitch.

—Bueno, ¿qué más?—preguntó Dunetchka.

—Me ha dicho también que él no era rico, que toda la fortuna pasa á sus hijos. Me ha dado á entender que vive cerca de mi casa. ¿Dónde? Lo ignoro; no se lo he preguntado.

—¿Qué quiere proponer á Dunia?—preguntó inquietamente Pulqueria Alexandrovna.—¿Te lo dijo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Lo diré más tarde.

Rascolnikof se puso á tomar su té.

Pedro Petrovitch miró la hora.

—Un asunto urgente me obliga á despedirme de vosotros. Así no seré un estorbo á vuestra conversa-

*Ignacia  
Davia*

ción—añadió en tono de enojo, y poniéndose en pie al pronunciar tales palabras.

—Quedaos, Pedro Petrovitch—dijo Dunia.—Teniais intención de consagrarme la noche. Además, vos mismo nos habéis escrito que deseabais tener una explicación con mamá.

—Cierto, Advotia Romanovna—agregó, en el mismo tono, Pedro Petrovitch, el cual volvió á sentarse, conservando el sombrero en la mano.—Deseaba, en efecto, tener una explicación con vuestra madre y con vos, respecto á algunos puntos de extremada gravedad. Pero como vuestro hermano no puede explicar en mi presencia ciertas proposiciones del señor Svidrigaylof, yo tampoco quiero, ni puedo, explicarme. . . . . ante terceros. . . . . respecto á asuntos de extremada importancia. Por otra parte, en términos los más formales, había expresado un deseo que no se ha tomado en consideración. . . . .

La fisonomía de Lugin habíase tornado dura y alta-  
nera. t

—Nos rogasteis, en efecto, que mi hermano estuviera ausente; y si no se ha accedido á vuestra petición, culpa mía fué—respondió Dunia.—Nos escribisteis que habíais sido insultado por mi hermano; á mi entender, entre vosotros no ha de existir el menor desacuerdo, y es necesario que en seguida os reconciliéis. Si Rodia os ha ofendido realmente, es necesario que se excuse, y se exsuará.

Oyendo aquellas palabras, Pedro Petrovitch sintióse menos dispuesto que nunca á hacer concesiones.

—No obstante mi mejor voluntad, Advotia Roma-

novna, resulta imposible olvidar ciertos insultos. En todo hay un límite que es peligroso traspasar, porque una vez franqueado, es imposible el retroceso.

—¡Dominad esa vana susceptibilidad, Pedro Petrovitch!—interrumpió Dunia con voz conmovida.—Sed el hombre inteligente y noble que siempre conocí, que siempre quiero ver en vos. Os hice una promesa: soy vuestra futura mujer; fíaos en mí en este asunto, y creed que puedo juzgar con imparcialidad. El papel de árbitro que me atribuyo en este momento, no es menos imprevisto para mi hermano que para vos. Cuando hoy, después de darle á leer vuestra carta, le rogué presenciara nuestra entrevista, no le hice conocer mis intenciones. Comprended que si rehusáis la reconciliación, me veré precisada á optar por uno de vosotros, con exclusión del contrario. Y no quiero, ni debo, engañarme en la elección. Quiero saber, de una parte, si en Rodia tengo un hermano; de la otra, si vos sois un marido que me ama y me aprecia.

—Advotia Romanovna—replicó, incomodado, Lugin,—vuestro lenguaje se presta á muchas interpretaciones. Diré más: lo encuentro ofensivo, teniendo en cuenta la situación que ocupó respecto á vos. Sin hablar de lo que para mí hay de molesto en ser comparado con un. . . . . joven orgulloso, parecéis admitir como posible la ruptura del matrimonio entre nosotros convenido. Decís que debéis elegir entre vuestro hermano y yo; en esto sólo mostráis lo poco que yo valgo para vos. No puedo admitir eso, dadas nuestras relaciones y nuestros recíprocos compromisos.

—¡Cómo!—exclamó Dunia, cuya frente se cubrió de